

Capítulo 1

·Las Gestas de Debarán·

Empezó a lloviznar. El anciano miró distraído el cielo encapotado y amenazador y se cubrió con el capuchón de la gruesa y enorme capa de lana oscura que le forraba el cuerpo delgado. Echó otro vistazo a su alrededor. Llevaba horas bajando entre árboles y huesos carbonizados y hasta él mismo olía a pira. Entre los esqueléticos troncos de los árboles a medio quemar que sembraban el pie de la pendiente distinguió la aldea de Lahd, lo único vivo que quedaba en el bosque del Oeste de Xefede, y un camino poco cómodo que descendía hasta ella.

Lahd era un pueblo más bien pobre; dependía del comercio de los pocos mariscos que poblaban los precipicios de sus escarpadas playas rocosas y del ganado lanar. No tenía puertos, ni era paso obligado para los viajeros. Su único atractivo era el Río Lahd, que nacía en algún lugar desconocido de los riscos de Xefede, bajaba entre piedras y gargantas y arrojaba sus aguas en el mar salvando el precipicio más alto de la isla, en una caída suicida que dejaba el aire pintado de difusos arcoíris.

En la distancia, sobre el ruido de la cascada, el anciano pudo oír el cantar del herrero al ritmo del martillar rítmico y cansino. Era el único indicio de vida en la aldea. En la calle no había niños, ni alfareros, ni mujeres lavando en las fuentes, ni siquiera animales; sólo el tintín y la voz grave del herrero. Así que el viejo apretó el paso y se asomó a la fragua.

- Señor.

Aquel se detuvo y observó el aspecto misterioso del visitante.

- ¿En qué os puedo ayudar? –le preguntó aún con el martillo en alto.

- Busco a Baldisés

El membrudo herrero dejó el martillo y el metal candente sobre el yunque maltratado y se limpió las manos en el mandil de dos palmadas.

- ¿La bruja? Vive en la última casa -informó apoyándose en el anaquel de la enorme ventana que se abría a la fragua-. ¿Viene a ver al Demonio?

El anciano frunció el ceño despreciando la pregunta y se alejó en silencio calle abajo, azotado por una lluvia que cada vez era más violenta, murmurando entre dientes. Baldisés, una vieja con los cabellos negros y greñudos, redonda y vestida con prendas muy gruesas, lo recibió de mala gana; aunque cambió de actitud cuando descubrió la vara de Archimago gravada de símbolos indiscifrables en su mano diestra.

- ¿Conocéis vos la historia de ese niño? -preguntó él en cuanto lo hizo pasar.

- ¿El Demonio? -murmuró cerrando la puerta -. Será mejor que os sentéis, maestro.

El anciano encontró una silla medio desvencijada y en ella se sentó junto a la chimenea, mientras Baldisés avivaba el fuego.

- Nadie conoce su nombre, maestro –relató acercando otra silla y sentándose junto a él-; la gente lo llama El Demonio. Quedó huérfano siendo muy niño: su madre murió al parirlo y a su padre se lo tragó el mar cuando él tenía sólo ocho años. Desde entonces es el cabecilla de todos los miserables y golfos de los alrededores. Los aldeanos le temen como a la peste y ahora más que antes.

- ¿Quiere decir, después del incendio?

- Sí, ¿Cómo no?

- Eso es lo que me interesa.

- Verá, maestro, ese incendio llegó a la aldea durante la noche; nadie oyó crujir las llamas ni olió el humo hasta que era ya demasiado tarde, hasta que el fuego rodeaba toda Lahd. Para huir de él, hubiésemos tenido que arrojarnos al mar, por el precipicio, y eso también hubiese sido muerte segura. Intentamos apagarlo con mantas, con escobas, con agua; pero su enormidad nos desbordaba. Podría haberse engullido toda la aldea. Luego ese niño surgió de las tinieblas. Lo primero que me llamó la atención de él fue su cara, que parecía brillar con una luz propia. A continuación, levantó los brazos y, extendiéndolos así, habló al cielo. No tardé en averiguar que estaba empleando el Lenguaje Verdadero, aunque yo no comprendía más que frases sueltas, pues el niño usaba palabras desconocidas incluso para mí. En mi ingenuidad, imaginé que pretendía invocar a los elementos para sofocar las llamas, quizá porque es lo que yo habría hecho de poseer los conocimientos necesarios: calmar el viento, convocar a la lluvia... Por eso, al cabo de un breve instante, empecé a pensar que algo no había ido bien en su conjuro, pues el viento no paró, sino que más bien pareció violentarse, y no cayó ni una sola gota de agua. ¿Sabéis lo que hizo ese niño? Domó al incendio con todos los Elementos en su contra; detuvo las llamas a pesar del vendaval y las apagó poco a poco. Luego cayó al suelo, sin sentido, y fue en aquel momento cuando empezó a llover. Ahora lleva ya cuatro días lloviendo sin descanso.

- Eso que contáis no es posible –renegó el viejo mago.

- Os digo que sucedió tal como os cuento –insistió ella.

El anciano enmudeció y le escrutó el gesto. No cabía duda que la mujer creía la historia que estaba narrando. Sin embargo, él sabía a ciencia cierta que el relato era insostenible, pues sólo un versado en las artes supremas hubiese sido capaz de domar un incendio.

- ¿Puedo verlo? –preguntó el mago al cabo de un rato.

Baldisés afirmó abriendo la puerta pequeña y descajada que había junto a la chimenea. Al cruzar el vano, el anciano sintió como una bolsa de aire se le estrellaba en el pecho. Entonces respiró hondo y quiso alejarla con algún conjuro sencillo; pero al instante comprobó con fastidio que aquella opresión seguía allí, casi en la boca de su estómago.

- Este muchacho tiene Poder –masculló.

- Sí -confirmó la bruja-, el de los Demonios.

La estancia era muy pequeña y fría, pues las paredes eran gruesos muros de piedra. Sólo un velón iluminaba la estancia, puesto sobre un arca de madera oscura. El lecho era un hueco encima del zócalo, oculto tras un espeso cortinaje de retales andrajosos. La única y pequeña ventana estaba bien cerrada, cubierta con la contraventana.

Baldisés se sentó junto al velón, apoyando la espalda en el rugoso mampuesto. El anciano se quitó la capa dejando al descubierto una túnica grisácea y una larga cabellera blanca y poblada; luego retiró las colgaduras tras las que se escondía el nido de un tirón recio.

- ¡Bendito sea! -refunfuñó el Archimago retrocediendo casi de un salto- ¿Cuántos años tiene esta criatura?

- Diez, si no recuerdo mal, maestro.

- Diez -repitió absorto-, diez. ¿Cómo puede ser?

- ¿Qué ocurre?

-¿Cómo puede ser? -reiteró sentándose junto al cuerpo dormido del niño- Esta fuerza es impropia para un chiquillo de esta edad. ¿Cuánto tiempo lleva así?

- Cuatro días.

- Parece que ha abusado de su Poder -informó el viejo cerrando los ojos, poniendo sus manos desplegadas sobre el cuerpo del niño- y que se ha perdido en él.

- ¿Podéis hacer algo, maestro?

El anciano siseó. En su mente buscó la mente del niño. Encontró un camino, quizá un túnel del que no podían ver las paredes, y desembocó en una llanura dividida por una arcada que nada sostenía; en el horizonte, una hilera de montañas se recortaba contra un cielo que, aún sabiéndose limpio, lucía un color blancuzco como de hueso viejo. El anciano avistó al pequeño del otro lado de los arcos, pálido, alto y muy delgado, con los cabellos rubios despeinados por un extraño soplo de aire que parecía provenir de sus propios pies.

- He venido a buscarte, hijo. Ven conmigo.

El niño lo observaba sin moverse, muy erguido, clavando bien los pies en aquella tierra jamás rota.

- ¿Cómo te llamas, hijo? –le preguntó.

- Debarán –contestó.

- Ven conmigo, Debarán. Sígueme. Vamos, Debarán, confía en el Maestro...

Baldisés se movió en su lugar y vio al niño pujar y agitarse en el colchón, bajo las huesudas y arrugadas manos del Archimago, hasta que al fin volvió en sí.

El anciano se levantó tembloroso, agotado; no estaba ya para viajar de aquí para allá en busca de almas despistadas. Abrió el ventanillo y respiró aliviado el olor que el mar traía desde el Oeste, haciéndole olvidar el tufo a quemado que impregnaba ya incluso su propia ropa.

Debarán pidió agua. Intentó salir de entre las sábanas, pero al hacerlo las piernas le flaquearon y cayó al suelo; se sentía anquilosado y el cuerpo le pesaba como si llevase puesta una armadura de plomo.

La convalecencia se alargó sólo tres días. Partieron el cuarto. Los niños de la aldea, incluso los más miserables, golfos e inseparables compañeros suyos, fueron a despedirse de Debarán a pedradas, mientras que correteaban a su alrededor llamándolo Demonio. Al dejar Lahd atrás, lejos de la algarabía del pueblo, Debarán se echó a llorar; el anciano se lo acercó y lo refugió del calabobos bajo su gruesa capa. El chiquillo se agarró muy fuerte a la suave túnica del Archimago, suplicando un abrazo; desde que su padre muriera nadie lo había abrazado, nadie lo había querido desde que el mar matara a su padre contra los acantilados de Lahd.

Aquel viejo Archimago acogió a Debarán como a un hijo y lo propuso como aprendiz en la Escuela de Magos de Xefede, en la cual fue aceptado dos veranos más tarde, al cumplir los doce de edad, tres años antes que el resto de los muchachos.

El primer año, que solía ser el más arduo por dedicarse de lleno a la teoría, se cursaba bajo la tutela del Maestro de las Palabras, que era el encargado de enseñar a los nuevos alumnos los primeros vocablos del Lenguaje Verdadero de la Magia y sus reglas fundamentales. Si bien, a Debarán jamás le resultaron aquellas lecciones tan engorrosas como comentaban sus compañeros de clase; tanto era así que para él no representaba la más mínima dificultad memorizar los largos listados de los Nombres Verdaderos de las cosas que el profesor repartía al comenzar cada clase.

Ya durante el segundo y tercer año, bajo la dirección de los Maestros del Fuego y del Aire y de los del Mar y la Tierra respectivamente, se comenzaba a cultivar los poderes propios y, sobre todo, se aprendía a interpretar los elementos de la Naturaleza. Era a la finalización de este curso cuando se obtenía la vara de Hechicero, que facultaba a la práctica de la Magia Menor.

Para la obtención del grado siguiente, el de Mago, los alumnos pasaban bajo la dirección de los cinco Maestros de las artes superiores: el Herbolario, el Ilusionista, el de las Llaves, el Cantor y el Transformador. Era durante este periodo cuando los aprendices ponían en práctica las grandes lecciones sobre la Magia y ejecutaban sus primeros sortilegios. De hecho, tal era la

enormidad y trascendencia de aquellas lecciones que los alumnos solían necesitar dos y a veces hasta tres años para superarlas con éxito; si bien Debarán empleó nada más que un año para lograrlo, obteniendo su segunda vara con una facilidad pasmosa que incluso llegó a asustar a sus profesores.

El tercer y último curso, el de Archimago, se completaba bajo la tutela de los Maestros de las artes supremas: el Creador y el Invocador. A él accedían nada más que aquellos privilegiados cuyo excepcional Poder así lo permitía, ya que en la práctica de las artes supremas era donde resultaba más fácil romper el Equilibrio entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal. No en vano, en las artes supremas lo que se manejaba eran fuerzas reales como la luz, el calor, la energía o el alma. Sin embargo, sus profesores impartían tan pocas lecciones respectivas a esta materia tan delicada que bastaba un año para concluir las.

Una vez que consiguió la vara de Archimago, Debarán fue enviado en peregrinación por las doce Regiones. Los problemas que le plantearon los solucionó con relativa facilidad: plagas, temporales, maldiciones; a todo estuvo poniendo remedio, hoy aquí y mañana allí, durante casi tres años, hasta que los Doce Maestros le otorgaron al fin un destino fijo: la pequeña isla de Om. En Om, nada más llegar, se enfrentó con fortuna a una epidemia que ya había arrasado media isla y, poco después, a un terremoto que amenazó con partir a Om en mil pedazos. Aquellas proezas las cantaron los trovadores en gestas que cruzaron todos los mares y todas las tierras y pronto reclamaron los conocimientos de Debarán desde todos los puntos, para resolver las más complicadas vicisitudes. Fue así como la vela latina de color verde que llevaba envergada en la entena de su barca se hizo famosa desde Qum hasta las Islas del Confín Norte, tanto como sus gestas. Tales eran sus proezas, tales sus milagros, que cuando sólo contaba con veinte años fue propuesto como único candidato a ocupar el lugar del recién fallecido Maestro de las Llaves.